

Eugenio O'Neill.

LUNA DE LAS ANTILLAS

(Pieza en un acto)

PERSONAJES:

YANK	} Marineros del cargo británico «Glen- cairn».	BIG FRANK	} Fogoneros a bordo del «Glencairn».
DRISCOLL		DICK	
OLSON		MAX	
DAVIS		PADDY	
COCKY		BELLA	} Negras de las An- tillas.
SMITTY		SUSSIE	
PAUL		VIOLETTE	
LAMPS, el lamparero.		PEARL	
CHIPS, el carpintero.			
OLD TOM, el «donkeyman».			

El Segundo de a bordo. Dos marineros más—SCOTTY e IVAN—y varios otros miembros del equipo de carboneras y máquinas (1).

ESCENA.—Sección delantera del puente principal, a bordo del cargo británico «Glencairn», anclado frente a una isla de las Antillas. La luna llena, elevada a medias en el cielo, echa sobre el puente un raudal de luz clara. El mar está en calma y el navío inmóvil. A la izquierda, dos agujas de las grúas del mástil delantero, oblicuas en un ángulo de 45°, negras contra el cielo. Al fondo, la línea negra de la baranda de babor se destaca severamente contra la franja lejana de la playa de coral, blanca al claro de la luna, poblada de cocoteros cuyas copas aparecen por encima del horizonte. A la derecha se halla el castillo de proa, con una puerta abierta al centro, que lleva a los compartimentos de marineros y fogoneros. A cada lado de

(1) A excepción de *En la Zona*, la acción de todas las piezas marítimas en un acto de Eugenio O'Neill se desarrolla en los años que preceden al comienzo de la Gran Guerra.

la puerta abierta, otra cerrada, las cuales dan acceso a las cabinas del contramaestre, del carpintero, del mayordomo y del «donkeyman», a quienes se podría llamar los suboficiales de a bordo.

Cerca de cada baranda, hay también una escalera corta, como un tronco de puerta de escape, que conduce a la cima del castillo de proa, del cual puede verse un extremo a la derecha.

Al centro del puente, ocupando la mayor parte del espacio, está el gran cuadro sobresaliente de la escotilla número uno, cubierto de tela, cerrado por la noche.

El melancólico canto de los negros, débil y lejano, flota quejumbroso sobre el agua.

La mayoría de los marineros y fogoneros están sentados o semi-acostados sobre la escotilla. Paul apoyado en la baranda de babor, la parte superior de su cuerpo recortada contra el cielo. Smitty y Cocky están sentados en la cabecera del castillo de proa, con las piernas colgantes. Casi todos fuman pipas o cigarrillos. La mayor parte lleva trajes de mezclilla azul llenos de remiendos. Algunos de entre ellos tienen los pies desnudos y muchos, sobre todo los fogoneros, no tienen más que un pantalón y un jersey.

Son numerosos los que llevan gorra.

El sordo murmullo de diversas conversaciones en los grupos separados, cuando se eleva el telón. Este murmullo es reemplazado por un silencio súbito, durante el cual, el canto que viene de tierra, se escucha distintamente.

DRISCOLL (Un irlandés musculoso que está sentado al borde delantero de la escotilla; malhumorado).—Escuchad a esos negros. Yo me pregunto si a eso llaman cantar.

SMITTY (Un inglés joven de bigote rubio. Está sentado a la cabecera del castillo y mira por encima del agua, con el mentón entre las manos).—No es nada divertido, verdad? (Suspira).

COCKY (Un hombre pequeño, rechoncho, de bigote delgado y gris: golpeando en la espalda de Smitty).—¡Valor, viejo! No te vuelvas sombrío, Marqués. Ella te quiere.

SMITTY (Socarrón).—¡Cállate, Cocky! (Vuelve la espalda a Cocky y se pone de nuevo a soñar,

con la mirada fija en el lugar desde donde parece venir el canto).

BIG FRANK (Un fogonero inmenso situado a la derecha de la escotilla: con la mano extendida hacia tierra).—¡Es un entierro, nombre de Dios! Así me parece.

YANK (Un hermoso canalla sentado junto a Driscoll).—Me haces reír con tu entierro. Aquí no se les planta, germano. Se los comen para hacer menos gastos. Yo creo que este les ha caído mal y han pescado un cólico.

COCKY.—¡Un cólico! ¡Qué más quisieras! ¿No sabes tú que estos tipos tienen dos vientres, como los camellos?

DAVIS (Un hombrecito moreno, sentado a la derecha de la escotilla).—¿Supongo que tú les habrás visto los dos vientres, eh?

COCKY (Desdeñosamente).—No demuestres tu ignorancia tratando de ponerme en ridículo, a mí que he visto más tierras que las que tú verás en toda tu vida.

MAX (Un fogonero sueco: detrás de la escotilla).—A ver, cuenta, Cocky.

COCKY.—¡Dios! Es verdad lo que os he dicho. Se lo he oído decir a un tipo a quien hicieron prisionero en las Islas Salomón. Yo viajé con él una vez. Costaba mucho sacarle lo que le pasó. (Desvariando.) ¡Ah sí! ¡Qué tipo más divertido! ¡Venía de Mile End, caramba!

DRISCOLL (Gruñón). — ¡Sí, otro londinense mentiroso, como tú!

LAMPS (Un sueco corpulento, sentado en una silla de tijera delante de su puerta).—¿Y a ese, donde lo encontraste, Cocky?

CHIPS (Un largo escocés; riéndose). — ¡Apostaría a que fué en Nueva Guinea!

COCKY (Desafiante).—¡Sí! Fué en Nueva Guinea,

cuando naufragué. (Una verdadera tempestad de gruñidos y de risas estalla después de estas palabras.)

YANK (Levantándose).—¿Te acordarás lo que se te dijo que haríamos contigo si nos salías con otra de tus malditas mentiras de Nueva Guinea, eh? Cierra la boca si no quieres que se te lance por encima de la borda.

COCKY.—Oh, yo no quería más que instruiros un poco. (Se encierra en un silencio digno.)

YANK (Señalando la tierra con un movimiento de cabeza).—¿No sabes tú que aquí estamos en las Antillas, idiota? Aquí no hay caníbales. No son más que simples negros.

DRISCOLL (Malhumorado).—Sean lo que sean, que el diablo se los lleve con sus llantos y todo. Bien se puede perder la chaveta oyéndolos.

YANK (Sonriendo largamente).—Lo que hay, Drisc, es que alguna cosa te da vueltas en la cabeza.

DRISCOLL.—Tengo unas cochinas ganas de beberme un trago; y esa maldita negra del aprovisionamiento me ha jurado que nos traería bastante ron para todos, cuando volviera, esta noche.

BIG FRANK (Que ha oído: con voz fuerte y ansiosa).—¿Dices que la mujer de la canoa traería algo que beber?

DRISCOLL (Sarcástico).—Eso es, dícelo al Viejo y también al Segundo. (Todos se han aproximado a Driscoll y escuchan la conversación con un aire de sobreexcitación contenida. Driscoll baja la voz de una manera impresionante y se dirige a todos.) Ella me ha dicho que podría traerlo a bordo en el fondo de los canastos de frutas que traerán aquí para vendernos.

EL DONKEYMANN (Un viejo de cabellos grises y ros-

tro dulce y arrugado. Está sentado en una silla plegable, frente a su puerta, a la derecha).— Y traerá algunas mujeres negras esta vez, y si no, quiere decir que esto ha cambiado después de mi última escala aquí.

DRISCOLL.—Dijo que lo haría—dos o tres—, a lo mejor más. Yo no sé. (Esta noticia es recibida por todos con gran entusiasmo.)

COCKY.—¡Qué diversión!

OLSON.—¡Buen Dios! Tendremos una bella franqueta.

DRISCOLL (Advirtiéndoles).—No olviden que no hay que hacer escándalo, muchachos—con el ron, quiero decir — aunque el contramaestre esté en tierra. El viejo le ha prohibido que traiga ron, de otra manera no le compraría nada para el barco.

PADDY (Un pequeño irlandés feo, de Liverpool).— ¡Con eso nos embroma!

BIG FRANK (Volviéndose a él).—¡Cállate Paddy, idiota! ¿Quieres echarlo todo a perder? (A Driscoll.) Nosotros dos les haremos callar, Drisc.

DRISCOLL.—Lo que dices, germano. Le romperé el hocico al primero que comience con bochinchas. (Se oyen tres campanadas.)

DAVIS.—Una doble y una simple. ¿A qué horas llegará, Drisc?

DRISCOLL.—Estará aquí de un momento a otro, seguro. (A Paul que ha vuelto a su posición cerca de la baranda después de oír la noticia de Driscoll.) ¿Ves tú si ya vienen, Paul?

PAUL.—Yo no veo ninguna canoa. (Todos se preparan a la espera, encendiendo pipas y cigarrillos y acomodándose a gusto. Hay un silencio interrumpido solamente por el canto quejumbroso y lúgubre de los negros en tierra.)

SMITTY (Lentamente, con un dejo melancólico). —

Quisiera que se callaran. Eso hace pensar en —¡oh!, en cosas que se debieran olvidar. ¡Maldito tedio caramba!

COCKY (Golpeándole la espalda).—¡Animo, viejo! Luego tendremos el ron, Marqués. (Desciende al puente dejando sólo a Smitty en la cabecera del castillo.)

BIG FRANK.—Canta alguna cosa Drisc, para que no oigamos esos ruidos.

DAVIS.—Una canción, Drisc.

PADDY.—Alguna cosa que todos conozcamos.

MAX.—Todos cantaremos el estribillo.

OLSON.—«Río Grande», Drisc.

BIG FRANK.—No. Esa no la conocemos. Canta «Whisky Johnny».

CHIPS.—«Nube voladora».

COCKY.—¡Eso no! Canta «Señorita de Amsterdam».

LAMPS.—«Santa Ana» es bonita.

DRICS.—¡Callarse todos! ¿Quieren una canción? Apuesto toda mi paga que no hay uno solo de toda la banda, aparte Yank, Ollie y yo mismo, y Lamps y quizá Cocky, puede ser, que sea lo bastante marino para diferenciar el palo mayor del palo de mesana en un velero. Ustedes conocen el nombre de las canciones, pero no saben ni una nota de la melodía, ni una palabra de los versos. Ya no quedan verdaderos marinos, de agua profunda, en el mar; es lo cierto.

YANK.—Cantemos «Derribad al hombre». Todos sabemos alguna parte. (Coro de voces afirmativas.) ¡Sí! ¡Eso es! ¡Anda! Cántanos esa, Drisc.

DRISCOLL.—Pero todos la siguen, ¿eh? (Canta.)
Paseando por la calle del Paraíso...

TODOS.—«¡Ohé, derribad al hombre!»

DRISCOLL.—«Paseando por la calle del Paraíso...»

TODOS.—«Dadnos tiempo para derribar al hombre.»

CORO

¡Derribad al hombre, muchachos, derribad al hombre!

¡Ohé, derribad al hombre!

Paseando por la calle del paraíso...

Dadnos tiempo para derribar al hombre.

DRISCOLL.—Me encontré con una niña encantadora...

TODOS.—¡Ohé derribad al hombre!

DRISCOLL.—Me encontré con una niña encantadora...

TODOS.—¡Dadnos tiempo para derribar al hombre!

CORO

¡Derribad al hombre, muchachos, derribad al hombre!

¡Ohé, derribad al hombre!

Me encontré con una niña encantadora...

¡Dadnos tiempo para derribar al hombre!

PAUL (En tanto que Driscoll carraspea, preparándose a comenzar el couplet siguiente).—Oye, Drisc. Creo que allí está. Hay una canoa por ese lado. (Todos se precipitan a la borda y miran hacia tierra.)

YANK.—Son cinco o seis y cacarean como gallinas.

DRISCOLL (Sobreexcitado).—¡Bravo muchachos! Son ellas, cáspita. (Hace algunos pasos de «guigue» sobre el puente).

OLSON (Después de un silencio durante el cual todos observan el bote que se acerca).—¡Mi Dios, son seis, palabra!

DAVIS.—Yo veo los canastos. Allí, al centro de la barca.

BIG FRANK.—¿Qué es lo que traen? ¿Whisky?

DRISCOLL.—¡Ron, ron de las Antillas, que cae como peñascazo en las tripas!

LAMPS.—A lo mejor no lo traen; puede haber tenido miedo del patrón.

DRISCOLL.—¡Tú siempre con tus duchas frías, Lamps! ¡Yo le arranco el maldito pellejo si no cumple con su palabra!

YANK.—Ahí están. Oíganlas... (Llamando). ¡Buenas noches, querida! (Se oyen voces de mujeres que hablan y ríen.)

DRISCOLL.—Vamos, ¡apúrense en abordar!

LA VOZ DE UNA MUJER.—Ya llegamos...

DRISCOLL.—¡Eh, Yank! Tú y yo las ayudaremos. Eso las pondrá de buen humor.

COCKY (Viéndolas subir por la izquierda).—No seas tan pillo, Drisc. No te lo tomes todo antes que lo veamos.

DRISCOLL (Por encima del hombro).—Tendrás tu parte, muchacho... No temas. (El y Yank salen por la izquierda.)

COCKY (Lamiéndose los labios).—¡Dios! ¡Yo sabré que hacer con mi parte!

DAVIS.—¡Yo también!

CHIPS.—Apuesto a que ninguno va a malgastar la suya.

BIG FRANK.—¡Yo sólo me tomaría un tonel, mil demonios!

COCKY.—Yo espero que todas las chicas no serán tan feas como éstas. Esa tiene un hocico de mono sabio, caramba. ¡Y como esa, yo no las quiero!

PADDY.—Tendrías mucha suerte si ellas te miraran, especie de embrión contrahecho.

COCKY (Furioso).—¡Ah sí! Tú tampoco tienes premio de belleza, compañero. ¡Mono chascón!

PADDY (Avanzando hacia él, con truculencia).—¿Cómo? Repítame eso, si te atreves..

COCKY (Huraño, empuñando su cuchilla).—¡Mono

chascón, he dicho! (Paddy trata de agredirlo, pero los otros lo retienen.)

BIG FRANK (Empujando a Paddy).—¿Qué te pasa Paddy? ¿No has oído que Driscoll dijo que había que evitar las peleas?

PADDY (Gruñón).—¡Yo no me dejo tratar así por este cochino lavapuentes!

COCKY.—¡Anda, mugriento guarda-carbón! (Driscoll aparece sonriendo con satisfacción. La que-rella es olvidada inmediatamente por todos y todos se aprietan a su alrededor con exclamaciones de ávida curiosidad.) ¿Qué hay Drisc? ¿Ya está? ¿Qué es lo que trae? ¿Y las mujeres? (Etc.)

DRISCOLL (Mirando temerosamente hacia el puente superior).—¡No tan fuerte, hombre de Dios! (El clamor se calla.) Si ella ha traído. Llegará de repente con una o dos botellas para cada uno, tres chelines cada frasco. Así es que no hay para qué perder la paciencia.

COCKY (Indignado).—¡Tres chelines! ¡Ah, la cochina vaca!

SMITTY (Con sonrisa irónica).—¡Un robo a mano armada, palabra! (Todos se vuelven y lo miran, sorprendidos de oírlo hablar.)

OLSON.—¡Hombre de Dios! No se lo pagamos.

BIG FRANK.—¡Cochina negra ladrona!

PADDY.—Se lo tomaremos y luego no se lo pagamos.

TODOS (Murmurando).—¡Cochina ladrona! Muy justo, no le pagaremos. ¡Ni un maldito céntimo! (Etc.)

DRISCOLL (Sonriente).—Si lo quieren, bueno, y si no, lo dejan, muchachos. (Echa una mirada sobre el puente superior y luego saca una botella del interior de su camiseta.) Es buen ron, del legítimo. (Bebe.) Yo me levanté este frasco de uno de los canastos, cuando ellas no miraban. (Pasa la botella a Olson, que es el que

está más cerca.) Toma, Ollie. Bebe un traguito y hazla correr. No es mucho, pero alcanza para haceros cambiar el humor, siempre que no toméis demasiado. ¡Y hay toneles, todavía! (La botella pasa de mano en mano; cada uno bebe un poco y se relame con un «¡Ah-ah!» de satisfacción.)

DAVIS.—¿Y ella dónde está, Drisc?

DRISCOLL.—Está hablando con el patrón. Por el dinero, seguramente.

DAVIS.—¿Y las muchachas?

DRISCOLL.—Con ella. Ha traído cinco a bordo. Dos pequeñas perlas, casi tan blancas como tú y yo, para el viejo imbécil de barba blanca y los demás oficiales y quizá si hasta para los ingenieros. Las otras vendrán aquí con ella.

COCKY.—No deja de ser divertido, el patrón. ¡Nombre de Dios! ¿Te acuerdas tú, cuando partimos, que él estaba sobre el puente, serio como un fraile? ¿Y su mujer que lloraba como si la estuvieran reventando? ¿Y los chicos que lloriqueaban haciéndole señales con sus pañuelos? (Con una gran indignación moral.) ¡Y véanlo ahora como va con una maldita negra! Hay que ser capitán para hacer eso. ¡Nombre de Dios! ¡Cochino, cangrejo!

DRISCOLL.—¡Ciérrala, insecto! ¿Quién eres tú para gritar tanto, tú que tienes una mujer y chilillos que te lloran por todos los puertos del mundo, según tus propias palabras?

COCKY (Siempre indignado).—Pero yo no soy un capitán. Yo no tengo mujer legítima, ante el civil, quiero decir. Yo no tengo...

BIG FRANK (Poniendo su manaza sobre la boca de Cocky).—No tienes por qué hablar tanto, ¿entiendes? (Cocky se aparta.) Dime, Drisc, ¿cómo se le paga a esta mujer? No tenemos plata.

DRISCOLL.—Es muy sencillo. Cada muchacha tendrá un pedazo de papel y cuando tú te compres alguna cosa lo apuntas, con el precio al lado, y firmas con tu nombre. Si tú no sabes escribir, otro te lo hará. Y sobre todo, no olvidéis que cuando se compra un frasco de ron (guiñando un ojo) u otra cosa prohibida... se anota tabaco o fruta o algo así. Cuando ella se vaya el capitán le pagará lo que se le debe en el papel y lo descontará de los sueldos. ¿Comprenden?

TODOS.—Sí. Muy sencillo. Muy bien, Drisc. Eso es. Natural... (Etc.)

DRISCOLL.—Y no olviden que les he dicho estar tranquilos con el ron. De otra manera el Segundo nos caerá encima y se aguará la fiesta. (Coro de asentimientos.)

DAVIS (Mirando hacia popa).—¿No son ellas que llegan? (Todos miran en esa dirección. Se escucha la risa estúpida de una mujer.)

DRISCOLL.—Miren a Yank cómo le estrecha la cintura a una... Ese muchacho no pierde el tiempo. (Las cuatro mujeres entran por la izquierda, riendo y murmurando entre ellas. Las tres primeras llevan canastos sobre la cabeza. La más joven y más bonita viene la última. Yank la enlaza por el talle con un brazo y le lleva su canasto con la otra mano. Las cuatro tienen tipo marcadamente negro. Llevan vestidos amplios de colores claros y la cabeza envuelta en vistosos pañuelos. Dejan sus canastos sobre la escotilla y se sientan junto a ellos. Los hombres, sonrientes, se agrupan a su alrededor.)

BELLA (La más vieja, la más gruesa y la más fea de las cuatro, devolviéndoles su larga sonrisa).—Salud, muchachos.

LAS OTRAS MUJERES.—Salud, muchachos.

LOS HOMBRES.—Salud. Buenas noches. ¿Cómo les va? Salud... (Etc.)

BELLA (Cordialmente).—Espero que habréis hecho un buen viaje. Yo me llamo Bella, esta Susie, aquella es Violette, y la otra (mostrando a la que está con Yank) es Pearl. Ahora se conocen todos.

PADDY (Brusco).—Bien por las chicas. ¿Y el ron?

BELLA (Agría).—¡Vaya un impaciente! Si hablas tan fuerte no tendrás nada, ni tú ni los otros. ¿Tú crees que yo quiero que el capitán me desembarque?

YANK.—Sí. No tienes por qué gritar. ¿O quieres meternos a todos en un cuerno?

BELLA (Echando una rápida ojeada por encima del hombro).—¡Vamos! Que algunos de ustedes, los más grandes, se pongan detrás de la escotilla para que los oficiales no puedan ver lo que hacemos. (Driscoll y otros pocos se sientan o se paran detrás de las mujeres, sobre la escotilla. Bella se dirige a Driscoll.) ¿Les has dicho tú que hay que firmar por lo que tomen y «cómo» deben firmar?

DRISCOLL.—Sí, mi—¿cómo dices que te llamas?—
—ah, sí, mi Bella querida.

BELLA.—Bueno, entonces; pero los muchachos deben irse al castillo de proa en cuanto tengan su botella. No se bebe sobre el puente. Y nada de bochinches. (Un murmullo impaciente de asentimiento se levanta del grupo.) ¿No es eso, Mike?

DRISCOLL.—Como lo dices, querida. (Big Frank se inclina y le dice algo al oído. Driscoll ríe y se golpea un muslo.) Escucha, Bella, hay algo que quiero pedirte para mi compañero que es muy tímido. Se trata de las señoras, así es que

será mejor que te lo diga en voz baja para que ellas no se ruboricen. (Se agacha y le hace una pregunta.)

BELLA (Categórica).—Cuatro chelines.

DRISCOLL (Riendo).—¿Habéis oído, vosotros? Es a cuatro chelines.

PADDY (Furioso).—Al diablo con las habladurías. Yo quiero beber.

BELLA.—¿Entendidos, Mike? ¿Listos?

DRISCOLL (Después de mirar al puente superior).—Perfectamente. Al negocio.

BELLA.—Vamos niñas. (Las muchachas retiran cada una una botella de entre las frutas que hay en sus canastos. Cuatro de los hombres se empujan y las cogen.) Tráenos luz, Lamps, eso es. (Lamps va a su cabina y vuelve con una bujía. Se la pasan de una mujer a otra a medida que los hombres firman por sus botellas sobre las hojas de papel.) Anoten cigarrillos o tabaco o frutas, ¡eh! No lo olviden. Eso cuesta tres chelines. Llévenselas al castillo de proa. En el nombre del cielo, no beban aquí al claro de la luna. (Los cuatro entran en el castillo de proa. Otros cuatro los reemplazan. Paddy se planta frente a Pearl, que está sentada junto a Yank, quien la tiene abrazada.)

PADDY (Brusco).—¡Dame eso! (Ella le tiende un frasco que él le arranca de las manos y se vuelve para partir.)

YANK (Severo).—¿Vamos, qué es eso? Tú todavía no has firmado.

PADDY (Sombrío).—Yo no sé escribir mi nombre.

YANK.—Entonces yo firmaré por ti. (Toma el papel que tiende Pearl y escribe.) ¿Nadie tratará de robarle a esta perlita mientras yo esté aquí, eh? ¿No es verdad pequeña?

PEARL (Sonriendo largamente).—No digas...

BELLA (Viendo que los cuatro están servidos).—Llévenlas al castillo de proa, muchachos. (Paddy por desafío, levanta su botella y bebe un sorbo a plena luna. Bella lo ve.) ¡Mirad a ese! ¡Ah, lindo cochino! (Paddy va encorvado hacia el castillo de proa.) Ah, ese quiere hacerme pescar. ¡Ya es bastante! Iremos todos al interior, muchachos, donde no nos pesquen. Vamos, chicas. (Las muchachas cogen sus canastos y siguen a Bella. Yank y Pearl son los últimos en alcanzar la puerta. Ella queda detrás de él, con los ojos vueltos hacia Smitty, siempre sentado a la cabecera del castillo, el mentón entre las manos, los ojos en el espacio.)

PEARL (Agitando la mano para llamar la atención).—Oye, buenmozo. Tú me gustas.

SMITTY (Con frialdad).—Si, yo quisiera una botella, si usted gusta. (Desciende de la escalera y entra con ella en el castillo de proa. Nadie queda sobre el puente, salvo el Donkeyman que está sentado y fuma su pipa delante de su puerta. Se escucha un ruido en sordina de las voces en el interior; pero la lúgubre cadencia de la canción en la isla se hace escuchar débilmente otra vez. Smitty reaparece y cierra tras de sí la puerta del castillo. Se estremece y sacude los hombros como para deshacerse de algo desagradable. Luego se lleva a los labios la botella que tiene en la mano y bebe un largo sorbo. El Donkeyman lo mira impasiblemente. Smitty se sienta sobre la escotilla frente a él. Ahora que la puerta cerrada oculta casi todo ruido, la canción viene de tierra claramente por encima del agua que la luna ilumina.)

SMITTY (Habiendo escuchado un instante).—¡Ah, esa maldita canción! (Bebe un sorbo más.) ¿Qué me dice Ud. Donk?

EL DONKEYMAN (Dulcemente).—Me parece hermoso y, luego, eso hace dormir.

SMITTY (Con risa amarga).—¡Dormir! Aunque yo la escuchara largo tiempo no podría dormirme jamás.

EL DONKEYMAN.—No es de lo peor esa música, ¿no es cierto? A mí me parece bastante bien—bajo y lúgubre—como si en un domingo se escuchara el órgano desde fuera de la iglesia.

SMITTY (Con un poco de impaciencia).—Yo no quería decir que fuese mala música. No es eso. Se trata de los horribles recuerdos que eso trae por alguna razón. (Bebe otro sorbo.)

EL DONKEYMAN.—¿Tú la has oído antes?

SMITTY.—No. Jamás. Pero hay alguna cosa ahí dentro que me hace pensar en... ¡Oh, qué diablos! (Se esfuerza por reír.)

EL DONKEYMAN (Escupiendo, plácidamente).—Curiosa cosa, los recuerdos. A mí no me han molestado nunca demasiado.

SMITTY (Contemplando fijamente un instante: con tranquilo desdén).—No, evidentemente que no.

EL DONKEYMAN.—Y no es que yo no haya tenido una porción de disgustos; pero yo me los saco de la cabeza y los olvido.

SMITTY.—¿Y si Ud. no pudiera sacárselos de la cabeza? ¿Si ellos lo obsesionaran despierto y dormido, entonces, qué?

EL DONKEYMAN (Dulcemente).—Bueno, entonces me emborracharía igual que tú.

SMITTY (Con amarga risa).—Buen consejo. (Bebe otra vez. Comienza a demostrar los efectos de la bebida. Su rostro está congestionado y habla bastante incoherentemente.) Nosotros somos unos pobre cabritos que se han extraviado, ¿no es así Donk? ¿Eh? ¡Que Dios en su misericordia tenga piedad de nosotros! ¿Cierto no, Donk?

EL DONKEYMAN.—Puede ser: yo no sé. (Después de un corto silencio.) ¿Qué fué lo que te hizo embarcarte? Tú no estás hecho para esto.

SMITTY (Riendo extrañamente).—¡El viejo diablo de la botella, Donk!

EL DONKEYMAN.—Yo bebí mi parte, hace tiempo. Era el buen tiempo, aquel tiempo. Ahora ya no puedo soportar la bebida. El doctor me dijo que o la dejaba o reventaba. (Escupe con gusto.) Entonces la dejé.

SMITTY (Con risa estúpida).—Entonces beberé un trago por Ud. ¡A tú salud viejo! (Bebe.)

EL DONKEYMAN (Después de una pausa).—¿Hay alguna mujer en el asunto, eh?

SMITTY (Altanero).—¿Qué se lo hace pensar?

EL DONKEYMAN.—Hay siempre alguna cuando uno se deja enervar por la música. (Da varias chupadas a su pipa.) ¿Y ella te ha dicho que te dejaba plantado porque te emborrachabas; y tú dijiste que te emborrachabas porque ella te dejaba plantado? (Escupe a su gusto.) Curiosa cosa el amor, ¿verdad?

SMITTY (Levantándose con la dignidad del borracho).—Yo le agradecería que no se mezclase en mis asuntos, Donkeyman.

EL DONKEYMAN (Sin demostrar molestia alguna).—A todo el mundo le pasa lo que acabo de explicar. ¡A mí, cuántas veces me pasó! (Cordialmente.) Entonces les daba un papirote en la oreja y salía a emborracharme más que nunca. Y luego, cuando volvía, encontraba siempre algo bueno que se había cocinado especialmente para mí. (Dando chupadas a su pipa.) Es la única manera de hacerlas andar cuando se empacan. ¿Tú no lo has probado nunca?

SMITTY (Pomposamente).—¡Los caballeros no le pegan a una mujer!

EL DONKEYMAN (Plácidamente).—No. Y es por eso que ellos tienen recuerdos cuando oyen música. (Smitty no se digna responder a esto y se encierra en un silencio despreciativo. Davis y Violette salen del castillo de proa y cierran la puerta tras ellos. El titubea un poco y ella ríe de manera estridente.)

DAVIS (Volviéndose hacia la izquierda).—Por aquí Rosa, o Margarita, o Jazmín, o Tulipa Negra o Violeta o como te llames. Nadie nos verá por aquí. (Salen por la izquierda.)

EL DONKEYMAN.—Vean, qué amor más rápido, ¿eh? Y todavía hay más en el castillo. Así no quedan recuerdos.

SMITTY (Realmente angustiado). — ¡Cállate Donk! ¡Eres insoportable! (Bebe un largo trago.)

EL DONKEYMAN (Filósofo).—Eso depende de cómo ha sido uno educado, ¿no es cierto? (Pearl sale del castillo de proa. Llega del interior un estallido de voces. Pearl cierra la puerta tras ella, divisa a Smitty sobre la escotilla y viene a sentarse a su lado, echándole un brazo sobre los hombros.)

EL DONKEYMAN (Regocijado).—Mira ese amor, Marqués.

PEARL (Acariciando con su mano el rostro de Smitty). —Buenos días, buenmozo. (Smitty rechaza su mano con frialdad.) ¿Qué hace aquí tan solo el hermoso muchacho?

SMITTY (Con gesto torcido).— Pienso (Muestra la botella que tiene en las manos) y para no pensar, bebo. (Bebe y ríe estúpidamente. El frasco está vacío en sus tres cuartos.)

PEARL,—No debiera beber tanto el buenmozo. ¿No lo sabe? Cuando llegue la mañana tendrá un grande, grande dolor de cabeza.

SMITTY (Con sequedad).—¿Sí, eh?

PEARL.—Es la verdad. Yo sé lo que digo. (Con voz acariciante.) ¿Por qué me huyes, lindo? Tú me gustas. Los otros no me gustan nada. Son todos mal educados. Tú no eres mal educado; tú eres un caballero. Yo conozco a un caballero desde tan lejos como lo vea.

SMITTY.—Gracias por el cumplido; pero usted se equivoca. Yo no soy, en verdad más que un farsante. (Agrega con amargura.) Y un perdido.

PEARL (Acariciándole el brazo).—No es cierto. Yo te conozco mejor que eso. Tú eres un caballero. (Intimamente.) Yo no querría con aquellos, pero (Se sonríe con coquetería) contigo no es la misma cosa. (El la rechaza hastiado. Ella salta.) ¿Tú no me quieres, buenmozo?

SMITTY (Algo avergonzado).—Perdóname. Lo cierto, sabe, es que yo tenía la intención de molestarla. (Sus buenas maneras son exageradas como las de un ebrio.) Estoy un poco fuera de mí.

PEARL (Tranquilizada).—Entonces, ¿me quieres un poquito?

SMITTY (Despreocupado).—Pero es claro, sí, ¿por qué no? (Retira rápidamente su brazo, con un estremecimiento de asco, y bebe. Pearl lo mira curiosamente, intrigada por sus extraños gestos. Abren la puerta del castillo de proa con un puntapié y Yank aparece. El vocerío de gritos, de risas y de canciones ha redoblado su violencia. Yank va titubeante hacia Smitty y Pearl.)

YANK (Pestañeando al mirarlos).—¡Buena cosa! Ah, eres tú Smitty, el Marqués. Iba a darle una trompada al tipo que me robara la muchacha, pero puesto que eres tú... (Sentimental.) Los compañeros, son compañeros. Y un compañero mío puede tener todo lo que yo tengo,

¿no es verdad? (Tiende la mano.) ¡Salud, Marqués! (Smitty le toma la mano y se la agita de alto a abajo.) ¿Verdad que tú y yo somos viejos compañeros?

SMITTY.—Ya lo dices, Yank. Pero te engañas respecto a esta muchacha. Ella no está conmigo. Justamente ella te iba a buscar al castillo de proa. (Pearl lo mira, cargándosele de odio los ojos.)

YANK.—¿Es cierto?

SMITTY.—¡Palabra de honor!

YANK (Tomando el brazo de la mujer).—Entonces, ven, Pearl. Vamos a beber con los compañeros. (La lleva hasta la entrada. Ella se despega de su brazo para volverse furiosa hacia Smitty.)

PEARL.—¡Cochino, puerco! ¡Puedes irte al cuerno! (Entra en el castillo y cierra la puerta con estrépito.)

EL DONKEYMAN (Escupiendo con calma).—Mirad ese amor. Y son todas lo mismo, blancas, rojas, amarillas y negras. Un papirote en la oreja, no hay como eso para hacerlas marchar. (Smitty no responde, pero ríe amargamente y bebe una vez más; luego se queda sentado, con los ojos vagos, la botella casi vacía, entre las manos. El vocerío en sordina que llega del castillo de proa se acrecienta y un instante después la puerta se abre y la multitud, dirigida por Driscoll, se derrama sobre el puente. Están todos muy ebrios y algunos tienen su botella en la mano. Bella es la única mujer que aparece tranquila. Ensayá en vano retener a los hombres. Pearl continúa bebiendo en el frasco de Yank, ríe con estridencia y se apoya en Yank que la enlaza. Paul llega el último, trayendo un acordeón. Titubea hasta la escotilla y allí se queda con el instrumento bajo el brazo.)

DRISCOLL.—Tócanos para bailar, ¡cabeza de vaca!
¡Tócanos un verdadero turkey trot, que tene-
mos ganas de bailar, mil demonios!

YANK.—De esos de la carrera de Barbary Coast a
San Francisco.

PAUL.—No lo sé. Pero veremos. (Comienza con algu-
nos acordes.)

YANK.—Eso es, anda. (Davis y Violette vuelven y se
mezclan a la multitud. El Donkeyman los con-
templa a todos con aire de indulgencia. Smitty
mira derecho frente a él y no parece darse
cuenta de que ya no está sólo sobre el puente.)

BIG FRANK.—¿Bailar? Yo no bailo... ¡Me asquea!
(Acompaña la frase del gesto y ríe sin ningun-
a significación.)

DRISCOLL.—Entonces, quítate de ahí, viejo esqueleto,
y déjanos lugar. (Big Frank se sienta sobre la
escotilla a la derecha. Los demás, que no van
a bailar, lo imitan y van a apoyarse en la ba-
randa de babor.)

BELLA (Pronta a llorar porque no ha podido retenerlos
en el castillo o que se callen una vez fuera).—
¡En el nombre del cielo, muchachos, no griten
tan fuerte! ¿O quieren causarme molestias?

DRISCOLL (Abrazándola).—Baila conmigo, reina de
los caníbales. (Alguien deja caer una botella
sobre el puente, que se quiebra con estrépito.)

BELLA (Histérica).—¡Eso es, el Capitán habrá oído!
¡Ay Señor!

DRISCOLL.—¡Eso nos friega! ¡Pero queda la música!
¡Adelante! (Paul comienza a tocar «Your Great
Beautiful Doll», saltándose algunas notas. Las
cuatro parejas se ponen a bailar meneando mu-
cho los hombros, una especie de viejo turkey
trot, como se baila en las tabernas de marine-
ros, más grotesco aun a causa de que todas
las parejas están ebrias y se atropellan a cada

instante. Dos hombres comienzan a bailar juntos, atropellando de intento a los otros. Yank y Pearl vienen a bailar delante de Smitty. Al pasar junto a él, Pearl le da un golpe en la cara con todas sus fuerzas y ríe maliciosamente. El se levanta de un salto con los puños cerrados, pero se da cuenta de quién le ha pegado y vuelve a sentarse con amarga sonrisa. Yank ríe a carcajadas.)

YANK.—¡Hou! ¡Qué golpe! Un punto en tu contra, Marqués.

DRISCOLL (Lanzando su gorra a la cabeza de Paul).
—¡Más rápido, sapo! (Paul hace esfuerzos desesperados por acelerar, y la música sufre las consecuencias.)

BELLA (Sofocada).—¡Déjame! Me has sofocado y me has pisado, irlandés torpe. (Se debate, pero Driscoll la sujeta con fuerza.)

DRISCOLL.—¡Hombre de Dios! ¿Por qué tienes los pies tan grandes? Dulcemente, despacito. Eso te hará enflaquecer un poco. (A la fuerza la hace dar vueltas sobre el puente. Cocky con Susie bailan cerca de la escotilla. A la derecha Paddy, que está sentado sobre el borde, con Big Frank, estira el pie y la inestable pareja pierde el equilibrio y cae. Sobre el puente, se eleva un coro de carcajadas. Cocky se levanta el rostro pálido de cólera y se lanza sobre Paddy que lo recibe con presteza. Driscoll golpea a Paddy y Big Frank golpea a Driscoll. En un relámpago, el combate general se declara y el puente no es más que una masa movediza de hombres ebrios que se castigan a ciegas. Sin embargo, la idea general parece ser la de un combate de marineros contra fogoneros. Las mujeres lanzan gritos y se refugian sobre la escotilla, donde se apretujan en un grupo ate-

morizado. Hay, finalmente el brillo de un cuchillo, al resplandor de la luna y un agudo grito de dolor.)

DAVIS (Entre la multitud).—¡Ahí viene el Segundo! ¡Vámonos de aquí! (Sálvese quien pueda hacia el castillo de proa. Después de un instante no quedan sobre el puente más que el pequeño grupo de mujeres sobre la escotilla, Smitty que se frota las mejillas inconscientemente; el Donkeyman que fuma con tranquilidad; Yank y Driscoll con los rostros visiblemente maltratados, sus jerseys hechos pedazos, inclinados sobre el cuerpo inanimado de Paddy. En el silencio, el coro lúgubre de tierra, llega intermitentemente hasta el barco.)

DRISCOLL (Rápidamente, en voz baja).—¿Quién lo tajeó?

YANK (Estúpido).—Yo no he visto. ¿Cómo quieres que lo sepa? Apostaría a que fué Cocky. (El Segundo entra por la izquierda. Es un hombre grande, fuertemente hecho, vestido de un simple uniforme azul.)

EL SEGUNDO (Amoscado).—¿Qué significa todo ese ruido? (Divisa al hombre que yace sobre el puente.) ¡Bueno! ¿Qué es esto? (Se inclina sobre Paddy.)

DRISCOLL (Tartamudeando).—Euh... nosotros nos divertíamos un poco, atropellándonos sin hacernos mal—y luego—yo no sé... (El Segundo vuelve el cuerpo de Paddy y ve la herida a cuchillo sobre el hombro.)

EL SEGUNDO.—¡Un cuchillo, caramba! (Saca de su bolsillo una lámpara eléctrica y examina la herida.) Felizmente, no es la carne. Ha debido golpearse la cabeza sobre el puente, al caer. Eso lo ha dormido, y esto no es más que un rasguño. Tráiganmelo a popa y lo vendaré.

DRISCOLL.—Bien, mi oficial. (Toman a Paddy por los hombros y por los pies y lo llevan hacia la izquierda. Por primera vez el Segundo ve a las mujeres sobre la escotilla.)

EL SEGUNDO (Sorprendido).—¡Buenas noches! (Va hacia ellas.) Vayan a buscar el dinero a la cabina y largo de aquí. Ah, si dependiera de mí, ustedes no... (Su pie tropieza con una botella. Se inclina, la toma y la huele.) ¡Nombre de Dios! ¡Es ron! ¿Entonces es con esto que han perdido la cabeza? Bien pensaba yo que tenían algo raro en el aliento. (A las mujeres, duramente.) No hay necesidad de ir donde el patrón por el dinero. No tendréis nada. Eso os enseñará a traer ron de contrabando y a causar motines.

BELLA.—Pero, Señor...

EL SEGUNDO (Severo).—Usted conoce la prohibición del ron. ¡No hay dinero!

BELLA (Indignada).—Palabra de honor, Señor, yo jamás he traído...

EL SEGUNDO (Feroz).—¡Usted miente! Y nada de discusiones, o mañana presento una demanda en tierra y os hago encerrar.

BELLA (Sumisa).—Por favor, señor...

EL SEGUNDO.—Ahora, lejos de aquí. Y ni una sola palabra, ¿eh? Por encima de la borda y ligero. Los otros os están esperando. ¡Largarse! (Ellas se apresuran, casi corriendo salen por la izquierda. El Segundo las sigue, saludando al Donkeyman y sin mirar a Smitty que sigue sumergido en sus sueños. El silencio absoluto reina sobre el barco algunos instantes. El canto melancólico de los negros flota plañidero sobre el agua. Smitty escucha intensamente un momento; luego suspira con fuerza; suspiro que es casi un sollozo.)

SMITTY.—¡Buen Dios! (Bebe la última gota de su frasco y lo lanza detrás de él, sobre la escotilla.)

EL DONKEYMAN (Escupiendo tranquilamente).—¡Todavía los recuerdos! (Smitty no responde. La campana pica dos golpes dobles. El Donkeyman vacía su pipa de un golpe.) Yo me voy a dormir. (Abre la puerta de su cabina, pero se vuelve para mirar a Smitty con simpatía.) No se oye en el castillo de proa... La música quiero decir... Y todavía quedará algo que beber, allí dentro. ¡Buenas noches! (Entra y cierra la puerta.)

SMITTY.—¡Buenas noches, Donk! (Se levanta con laxitud y camina con los hombros encorvados, titubeando un poco, hacia el castillo de proa, y entra. Hay un silencio de un segundo, roto solamente por la voz obcecada y deprimida de la música débil y lejana que es casi el rumor del claro de luna vuelto inteligible.)

CAE EL TELÓN

Traducción de A. Rojas Giménez.